

Person of Interest

La máquina de senderos que se bifurcan

GUSTAVO FERNÁNDEZ WALKER

En 1952, Ray Bradbury publica en la revista *Collier's* el relato “A Sound of Thunder”, una de esas obras tal vez más comentadas que leídas. Corre el año 2055, y la empresa Time Safari, Inc. se encarga de organizar viajes en el tiempo. Una cuidadosa investigación previa, sumada a una serie de reglas estrictas para los viajeros, asegura que nada resulte alterado en el pasado, para evitar consecuencias inesperadas en el presente. En uno de esos viajes, un hombre rompe esas reglas y, al regresar, encuentra al mundo bajo el dominio de un sangriento dictador. Al quitarse la ropa, descubre los restos de una mariposa muerta en la suela de una de sus botas.

Los Simpsons parodiaron la historia en su sexta temporada, en uno de los episodios especiales de Noche de Brujas (*Treehouse of Horror V*, 1994). Homero viaja en el tiempo y, cada vez que mata un animal en la prehistoria (un mosquito, un pez que comienza a caminar y respirar fuera del agua, varios dinosaurios) el presente se altera de maneras cada vez más delirantes. En uno de esos “mundos posibles”, el devoto Ned Flanders es el dictador del universo; en otro, la casa de los Simpson es una esfinge con la cara de Bart; en otro la humanidad vive debajo del agua.

Ambas versiones tienen el encanto de ofrecer una situación tan fácil de comprender como difícil de asimilar: todo lo que sucedió podría haber sucedido de otro modo. Todo lo que existe (¡incluso nosotros mismos!) podría no haber existido tal como lo conocemos, o podría incluso no haber existido en absoluto. Lo que parecen decirnos tanto el cuento de Bradbury como su parodia de Los Simpsons es que la más mínima perturbación en un instante determinado de nuestra línea de tiempo puede producir

consecuencias inesperadas en los instantes posteriores (*parvus error in principio, maximus eri in fine*, recitaban los filósofos escolásticos, traduciendo a Aristóteles).¹

Un corolario de esa moraleja implica que un pequeño movimiento realizado hoy tendrá consecuencias impredecibles mañana. O, dicho de otro modo, que con cada acción que realizamos hoy estamos determinando en cierta manera lo que sucederá en el futuro. A primera vista, esta contingencia universal produce un poco de vértigo y, también, una cierta euforia: no somos esclavos de la necesidad, ni del ciclo de los astros, ni de los caprichos de los dioses que nos manejan a su antojo. Podemos hacer uso de nuestro libre albedrío sin mayores restricciones que la del principio de no-contradicción: no podemos mover y no mover la reina en una misma jugada de ajedrez.

Pero, si observamos el mecanismo más de cerca, algo parece sugerir exactamente lo contrario: no somos libres ni podemos serlo. Más que agentes dotados de libre albedrío, seríamos apenas fenómenos tan determinados por la causalidad natural como las mareas. Para que la historia imaginada por Bradbury funcione, debe existir una cadena causal que conecte ambos puntos de la historia de modo tal que el engranaje puesto en movimiento por la mariposa pisoteada en la prehistoria produzca como resultado una dictadura sangrienta en el año 2055.

La parodia permite observar ese mecanismo con mayor claridad: con cada garrotazo que Homero Simpson asesta en el pasado, vemos una sucesión hilarante de mundos posibles, y ante cada una de esas transformaciones podemos imaginar que, en un punto lejano de la prehistoria, Homero está matando un animal distinto cada vez. Lo que percibimos en este tipo de relatos es una misma serie de acontecimientos que, al ser contemplada desde su punto de partida, se manifiesta como abierta a numerosas posibilidades. Pero esa misma serie, contemplada desde el punto de llegada, se presenta cerrada, con cada instante ocupando un lugar en la rigurosa cadena de las causas. Si con cada jugada de ajedrez las partidas posibles son casi infinitas, hecha la última jugada se revela cuál era ese único juego que estuvimos jugando desde el comienzo.

Naturalmente, esto invita a formular una serie de preguntas que, a lo largo de la historia de la filosofía, han tomado muchas formas: discusiones acerca del libre albedrío,

¹ “Un pequeño error al comienzo será uno máximo al final”. La frase es una de las tantas *auctoritates* o sentencias extraídas de los textos aristotélicos (en este caso, el *De caelo*) que circulaban en los florilegios medievales, suerte de acervo común de enseñanzas listas para ser citadas en diversos contextos (Hamesse 1974: 161).

el determinismo, los mundos posibles, la causalidad, los futuros contingentes. Y, de igual modo, muchas son las películas y series que han aprovechado el potencial narrativo y dramático de estos problemas filosóficos. Aquí, me gustaría ocuparme de una serie (más aun, de un episodio en particular de esa serie), y abordarlo a partir de una discusión filosófica determinada, de todas las posibles. Desde ya, este artículo habría sido muy distinto si hubiese elegido otra serie u otro episodio. U otra carrera, en vez de filosofía.

If-Then-Else (*Person of Interest*)

Person of Interest (2011-2016) sigue los pasos de Harold Finch (Michael Emerson), un elusivo multimillonario responsable de la creación de una inteligencia artificial que, diseñada después del 11-S para ayudar a prevenir futuros ataques terroristas en suelo norteamericano, tiene acceso a toda la información que circula a través de cámaras de video, teléfonos celulares, cuentas de correo electrónico, redes sociales y otro sitios oficiales y no-oficiales. La capacidad de la Máquina (con mayúsculas a partir de aquí, para identificarla fácilmente) consiste en analizar toda esa información para predecir los crímenes que tendrán lugar en un futuro próximo. El gobierno procede entonces a desbaratar aquellos que presentan una amenaza a la seguridad nacional.

Esta, desde ya, es la justificación oficial para la utilización de la Máquina, cuya existencia, por otra parte, jamás es admitida públicamente por las autoridades. En los hechos, además de conspiraciones tanto domésticas como internacionales, se produce un curioso fenómeno: dado que los acontecimientos que interesan al gobierno son aquellos catalogables bajo el rótulo de “terrorismo”, todos aquellos pequeños crímenes que a diario se producen en una ciudad como Nueva York, y que la Máquina es capaz de anticipar, son considerados “irrelevantes”. Finch, desconfiando del gobierno con argumentos más que convincentes, se reserva entonces una vía de acceso no oficial a la Máquina, con la que mantiene una relación casi paternal: cada día, ella le transmite el número de seguridad social de una “persona de interés”, esto es, de aquel que será la víctima o el victimario en un inminente crimen privado. Finch deberá ocuparse de evitar que esa persona asesine o sea asesinada.

Como un genio de la computación, multimillonario, bibliófilo y con una severa cojera no es capaz de combatir mafias y pandillas en solitario, Finch recluta a un agente de la CIA al que todos dieron por muerto y que, como iremos conociendo a partir de los *flashbacks* de su historia personal, está buscando algún tipo de redención para sus crímenes de guerra. Así, John Reese (Jim Caviezel) aporta la fuerza y Michael Finch el ingenio para solucionar, en cada episodio, un nuevo caso. La dinámica se mantiene en las primeras temporadas, en las que se van conociendo además otros personajes relevantes. En las últimas temporadas, en cambio, el tono de la serie cambia drásticamente: deja de seguir el modelo de “un caso por semana” y adopta un arco narrativo de largo aliento, involucrando diversas conspiraciones, grupos de poder, nuevos personajes y situaciones. El núcleo central de la serie, independientemente de estos cambios de perspectiva, fue concentrarse en los problemas que plantea una sociedad ultra-conectada y vigilada, el desarrollo de la inteligencia artificial, discusiones acerca de la justicia y, desde luego, las relaciones humanas entre los personajes que llevan adelante sus vidas en sociedades como la nuestra, a merced de las máquinas (y de las personas o grupos de personas que controlan esas máquinas).

En el corazón de la cuarta temporada, el episodio 11, *If-Then-Else*, fue recibido por la crítica y por los seguidores de la serie como uno de los más logrados, tanto por su calidad técnica como por su construcción dramática y el tipo de reflexión a la que invita. El comienzo del episodio es de una enorme tensión: todos los protagonistas de la serie están atrapados en una habitación de la bolsa de valores de Nueva York, en donde intentan revertir un ataque informático. Rodeados por sus enemigos, de pronto el tiempo parece desacelerarse hasta detenerse por completo y un *flashback* nos muestra a Finch jugando al ajedrez con la Máquina, ensayando diversos movimientos, estrategias para elaborar jugadas, improvisar, aprender a “leer” al adversario para vencerlo.

La Máquina no logra decidir cómo iniciar la partida. Finch adopta un tono paternal y comienza su explicación:

“Cada movimiento posible representa un juego distinto, un universo diferente en el que hacés un movimiento mejor. Al segundo movimiento, existen 72.084 juegos posibles. Al tercer movimiento, 9 millones. Para el cuarto, hay más juegos posibles que átomos en el universo. Nadie sería capaz de

predecirlos todos, ni siquiera vos. Lo cual significa que esa primera movida puede ser algo aterrador. Es el punto más alejado del final del juego, hay virtualmente un mar infinito de posibilidades entre vos y el otro lado. Pero también significa que, si cometés un error, hay casi una cantidad infinita de modos de repararlo...” (*If-Then-Else, Person of Interest, S04e11*)²

La escena vuelve a la situación inicial de emboscada. La Máquina recomienda una vía de escape: separarse en grupos e ir atacando las distintas células enemigas. En pocos minutos, a la tensión de la escena se suma la perplejidad. Uno a uno, todos los personajes centrales van muriendo, asesinados por las balas enemigas. Un nuevo *flashback* nos vuelve a colocar en la sesión de ajedrez, y vemos a la Máquina aprendiendo a comparar posibles movidas, elaborar estrategias, sacrificar piezas... Y nuevamente volvemos a la escena inicial, en donde la Máquina ofrece esta vez otra estrategia de escape.

Para entonces ya advertimos que lo que estamos observando no es otra cosa que la anticipación que hace la Máquina (en casi imperceptibles fracciones de segundo) de todas las alternativas posibles para que los héroes puedan escapar con vida de la emboscada. Todo el capítulo no es sino una sucesión de intentos frustrados por burlar la muerte, aparentemente inevitable. Esa sensación de inevitabilidad se ve reforzada por la acumulación de fracasos que, uno tras otro, se suceden a lo largo del episodio. Finalmente, la solución del conflicto llegará desde una línea argumental secundaria que enfatiza la noción de contingencia propia de la acción humana. Como en el ajedrez, quien sacrifica una pieza valiosa toma una decisión que no había sido anticipada por el contrincante y, con ese movimiento imprevisto, puede decidir la partida.

En esta breve descripción del episodio reaparecen algunas cuestiones presentes en la historia de Bradbury mencionada al comienzo: la conexión que se establece entre dos acontecimientos ubicados en los extremos de una cadena causal y, fundamentalmente, el acto inesperado que altera esa secuencia de causas y efectos. La metáfora del ajedrez, con su crecimiento exponencial de jugadas posibles a medida que se incrementa el número de movimientos, es una imagen poderosa que el episodio de *Person of Interest* aprovecha al máximo.

² La traducción (a partir de la transcripción del episodio) es propia.

No entraremos aquí en posibles falencias de un modelo de este tipo. Por ejemplo el cálculo de todos los movimientos posibles en una partida de ajedrez incluye los casos en los que un jugador podría generar un jaque mate con un movimiento, pero decide hacer otro. A su vez, en el cuento de Bradbury, dentro de la infinitud de mundos posibles debería darse al menos uno en el que coexistan la muerte de la mariposa bajo el zapato de un viajero en el tiempo y la derrota del aspirante a dictador en las elecciones de 2055 (esa historia sería de escaso interés narrativo, pero lógicamente posible).

Para nuestro propósito, lo relevante en el episodio de *Person of Interest* es la capacidad de la Máquina de predecir el desenlace de los diversos escenarios alternativos. ¿Es posible saber con certeza, como parece saberlo la Máquina, que dada una acción p en el presente se seguirá una consecuencia q en el futuro? ¿Existe algún tipo de conexión necesaria entre un acontecimiento actual y uno futuro, de modo tal que yo pueda afirmar que conozco sin posibilidad de error que, a una determinada acción presente, le seguirá un determinada acción futura? La siguiente sección estará dedicada a abordar ese problema a partir de las agudas observaciones de un filósofo y teólogo dominico del siglo XIV.

Robert Holcot y el debate medieval acerca de los futuros contingentes

Los filósofos medievales también tenían, a su modo, una “máquina de pensar” como la imaginada por los creadores de *Person of Interest*. La etiqueta podría aplicarse en un sentido amplio a todo el método escolástico, con su sistematizada estructura de discusión filosófica y teológica en la que, introduciendo una serie de premisas (a veces tomadas de las Escrituras, a veces de los textos de Aristóteles u otras fuentes de la Antigüedad o del pensamiento de tradición cristiana, árabe o judía) se llegaba a determinadas conclusiones mediante la aplicación de silogismos, distinciones y otros procesos dialécticos.

Pero, con mayor precisión, la etiqueta parece hecha a la medida de una cierta variante de la filosofía escolástica, desarrollada especialmente en Oxford en el siglo XIV y a la que se le ha aplicado el rótulo de “teología obligacional” (Gelber, 2004): una impostación fuertemente analítica para la resolución de complejos problemas filosóficos

y teológicos, cuyas herramientas son las propias de las *obligationes*, ejercicios de argumentación entre dos participantes en los que uno de ellos (llamado *respondens*) debe aceptar o rechazar las proposiciones presentadas por el otro (*opponens*) evitando caer en una contradicción.³ Para estos autores, todo discurso teológico es una suerte de juego de obligaciones entre Dios (que ocuparía el lugar del *opponens*) y el *homo viator*, el hombre (que sería así el *respondens*). Una suerte de juego dialéctico en el que ambos, Dios no menos que el hombre, están obligados a mantener la coherencia interna de las proposiciones aceptadas, rechazadas o puestas en duda.

En ese contexto fuertemente analítico, el dominico Robert Holcot (muerto en 1349, durante la peste que asoló gran parte de Europa) abordó el problema de los futuros contingentes en diversos lugares de su obra, pero especialmente en el segundo libro de su *Comentario a las Sentencias*, fechado tentativamente entre 1330 y 1333.⁴ La elección de Holcot como objeto de análisis en estas páginas tiene varios motivos, que conviene explicitar: en primer lugar, se trata de uno de los autores más influyentes de un periodo que, en cierto modo, puede considerarse fundamental para el derrotero posterior del problema de la relación entre los futuros contingentes y la libertad humana, al punto que esta clásica disputa del siglo XIV (que involucró a otros autores como Juan Duns Escoto, Guillermo de Ockham, Pedro Aureolo, William Crathorn o Ricardo de Campsall) sentó las bases para el tipo de argumentación que se desarrollaría luego en la Modernidad (Schabel, 2003). Dentro de ese contexto de discusión, el aporte de Holcot se distingue del de sus contemporáneos por ofrecer una solución sumamente original a la cuestión. Por otra parte, dado que la bibliografía en nuestro idioma acerca del pensamiento del dominico inglés es escasa, este breve análisis puede servir también como invitación a su ulterior lectura.

En la segunda *quaestio*⁵ del libro II de su *Comentario a las Sentencias*, Holcot aborda el problema de la contingencia de la creación. La dificultad que debe resolver

³ No hay consenso entre los medievalistas acerca del objeto y alcance de las *obligationes* en el contexto de la universidad medieval. Para un panorama de este tipo de práctica disputativa, véase Stump (1989) y Dutilh-Novaes (2007).

⁴ Para un panorama de la filosofía británica en el siglo XIV y un análisis de la importancia de Holcot en ese medio, véase Courtenay (1987). Comentar las *Sentencias* de Pedro Lombardo era un requisito para alcanzar el grado en la facultad de teología.

⁵ Una *quaestio* o “cuestión” es el formato clásico de discusión en la universidad medieval, en la que se analizan las diversas soluciones posibles a un problema, se responden objeciones y se presenta una respuesta propia a la pregunta enunciada en la formulación inicial. Para un análisis general de los diversos aspectos de la universidad medieval, véase Weijers (2015).

allí es que, si Dios conoce eternamente su condición de creador del mundo, entonces el mundo y todo lo que se encuentra en él no puede sino ser tal como Dios eternamente lo conoce, eliminando así toda libertad no solo humana, sino también divina: Dios habría creado al mundo necesariamente, y con la misma necesidad se producirían todas aquellas cosas que Dios, en su infinita sabiduría, conoce eternamente.

La solución clásica a este problema consistía en distinguir el ámbito de la sucesión temporal en la que vive el hombre en tanto creatura y la dimensión de la eternidad correspondiente a Dios.⁶ Con referencias a Boecio y Anselmo de Canterbury, Holcot expresa que “el conocimiento de Dios de las cosas futuras no es propiamente “presciencia”, sino conocimiento de algo en cierto modo presente a Él; no que algunas cosas sean futuras, otras presentes y otras pasadas como para nosotros, sino que todas las cosas son para él presentes en su eternidad” (Holcot, 1995: 124.273-276).⁷ Para Holcot este razonamiento no es errado, pero resulta insuficiente, en la medida en que Dios puede intervenir en el orden temporal de la creación, ya sea mediante la revelación profética cuanto mediante la propia presencia del Verbo encarnado en la persona de Cristo. ¿Qué ocurre cuando Dios de algún modo revela al hombre un acontecimiento futuro? ¿Continúa siendo contingente ese futuro?

Holcot considera una larga serie de casos: desde la necesidad o contingencia del Juicio Final hasta las de proposiciones más simples como “Sócrates estará sentado mañana”. De esa extensa lista tomaremos apenas uno, a modo de ejemplo: si todo lo creado es contingente, y esa contingencia no se ve afectada por la revelación, podría entonces ocurrir que algún evento que se predice en las Escrituras no se produzca tal como ellas lo anuncian, dado que, en tanto contingentes, todo evento podría suceder de otro modo. En ese caso, las Escrituras contendrían proposiciones falsas. Holcot expone el caso de Pedro, a quien Cristo le anuncia que tres veces lo negará antes del canto del gallo. La objeción es expresada en estos términos:

“Si lo revelado por Dios fuera contingente, se sigue que la proposición ‘Pedro negará a Cristo’ sería contingente aun después de que Cristo dijera a Pedro ‘Me negarás tres veces’. El consecuente es falso, porque se sigue que, si Pedro

⁶ Un repaso de las principales respuestas medievales a la cuestión puede encontrarse en Craig (1988).

⁷ Todas las traducciones del texto de Holcot son propias. Las referencias a la edición se harán indicando los números de página y línea correspondientes, separados por un un punto.

no niega a Cristo, entonces Cristo pronunció una afirmación falsa.” (Holcot, 1995: 138.580-583)

Para Holcot, esta objeción puede ser sorteada pues, a pesar de la revelación de Cristo de que Pedro lo negaría tres veces, entre esa revelación y el momento de la negación, Pedro fue libre de obrar de otro modo. La negación de Pedro, en tanto acto libre, es un hecho contingente, y permanece contingente aun después de haber sido afirmado por el propio Cristo. Más aún, incluso una vez sucedida efectivamente la negación de Pedro, su carácter de contingente se mantiene: sucedió así, pero podría haber sucedido de otro modo. La radicalidad del pensamiento de Holcot llega pues a aceptar la posibilidad de que la libertad de los actos humanos pongan en entredicho la verdad misma de las Escrituras:

“Así puede responderse al argumento acerca de la negación de Pedro, según el cual durante todo el tiempo intermedio entre que Cristo dijo ‘me negarás tres veces’ y la negación de Pedro, esta proposición fue contingente: ‘Pedro negará a Cristo’, y [entonces] Cristo afirmó algo falso. Y concedo que era potestad de Pedro hacer que Cristo hubiera dicho algo falso; más aun, era potestad de cualquier otro que estuviera con Pedro, porque en ese tiempo intermedio alguien podría haberle cortado la cabeza a Pedro, y no sería el caso que Dios al punto lo resucitara.” (Holcot, 1995: 171.1190-1197)

La posibilidad de que Dios engañara a los hombres y les revelara deliberadamente algo falso esperando que lo creyeran verdadero es otra de las acaloradas disputas de la Escolástica.⁸ Aun sin entrar en ese debate, dos observaciones pueden hacerse aquí: una es que Holcot no sólo creía que eso fuera posible, sino que incluso había ocurrido más de una vez, como las propias Escrituras (en las figuras de Abraham y David, por ejemplo) lo atestiguaban. En ese caso, no habría nada extraño en suponer que Cristo dijera a Pedro “me negarás tres veces” y que luego Pedro no lo hiciera. Más importante aun, para Holcot, sólo puede hablarse de “revelación” retrospectivamente, una vez que aquello revelado efectivamente se produce. En ese sentido, puede decirse que Cristo

“reveló” a Pedro que lo negaría tres veces únicamente después de producida la negación de Pedro. Hasta ese momento, los dichos de Cristo eran apenas proposiciones contingentes que podrían haber sucedido de otro modo (Gelber, 2004: 179).

Ello se ve más claramente en los pasajes de la misma *quaestio* en los que Holcot trata la cuestión de la profecía. “Profeta” es, técnicamente, aquel que predijo un anuncio futuro y, por lo tanto, sólo podrá ser caracterizado como tal una vez que ocurra aquello que fue anunciado:

“Concedo que ahora es mi potestad hacer que alguien muerto hace mil años haya sido un profeta, porque este término ‘profeta’ es connotativo, cuyo significado es ‘alguien que predice algo verdadero’. Y es evidente que si predijo que yo haría algo que puedo hacer o no hacer libremente, se sigue que puedo hacer que él haya sido profeta o que no lo haya sido, porque puedo hacer que aquello que el dijo resulte verdadero o falso; esto es, puedo hacer que esta proposición sea verdadera o falsa, según me plazca: ‘ese hombre fue un profeta’, tomando ‘profeta’ en sentido estricto según su definición. Y por lo tanto el tiempo transcurrido continuamente entre el momento que alguien predijera el futuro y el momento en que ese futuro se cumple, la proposición ‘ese hombre realizó una profecía’ es contingente, por lo que se demostró. Por lo cual esta proposición es hoy contingente: ‘Job hizo una profecía acerca de la resurrección’, como lo es esta: ‘Job dijo la verdad acerca de la resurrección’. Y cualquier otra similar a esa es contingente: ‘Juan creyó rectamente en su [profecía] acerca del Apocalipsis’, y otras así. Y debe concederse que alguien que hizo una profecía pudo no haber hecho nunca una profecía, y que alguien pudo haber dicho la verdad toda su vida y sin embargo no haber dicho jamás una proposición verdadera. Todo esto resulta evidente por lo antedicho.” (Holcot, 1995: 172.1282-173.1299)

Con un poco de imaginación, bastaría con reemplazar a Cristo con la Máquina (una inteligencia artificial a la que, dicho sea de paso, más de una vez se asimiló a Dios a lo largo de la serie) para obtener algo muy similar a lo propuesto por el episodio de *Person*

⁸ La bibliografía acerca de este tema es enorme. Un repaso de las discusiones acerca de la posibilidad de un Dios engañador en el contexto de la filosofía británica del siglo XIV, con referencias a la posición de Holcot, puede encontrarse en Gelber (2004, 200-221).

of Interest analizado. Está en manos de Finch, Reese y sus aliados hacer que la predicción de la Máquina se cumpla o no. Entre la revelación del futuro y su cumplimiento, la acción de causas libres puede resultar en una modificación de ese futuro supuestamente establecido de antemano. Así, las “sutilezas”⁹ de Robert Holcot ofrecen una herramienta más (para los protagonistas de la serie, pero también para nosotros, sus espectadores) para creer que lo anunciado como irrevocable puede todavía ser modificado.

Observaciones finales

Los pensadores medievales no tenían literatura de ciencia ficción, pero tenían a la teología. Y a falta de una Máquina que todo lo ve, tenían a Dios, acaso dando la razón involuntariamente a Borges, que imaginaba la teología como una rama de la literatura fantástica. En cualquier caso, los interminables debates medievales acerca de los futuros contingentes (y, desde ya, también sus antecedentes de la Antigüedad y sus continuadores modernos y contemporáneos)¹⁰ dan cuenta de un hecho ineludible: ya sea de parte de Dios o de una Máquina, los hombres esperamos algún tipo de certeza acerca del futuro precisamente porque lo sabemos contingente. Lo que deseamos que se nos revele es siempre aquello que podría ser de otro modo. La Máquina de *Person of Interest* es un intento por controlar todas las variables que nos permitan incidir en ese flujo de causas aparentemente inmovible, así como para la teología obligacional la consideración de todos los casos posibles, con sus distinciones, argumentos y contraargumentos, ofrecía algún tipo de seguridad en las conclusiones obtenidas a partir de su “máquina de pensar”.

Una de las objeciones que Holcot debe responder en la *quaestio* comentada postula que, si la producción del mundo por parte de Dios fuera completamente contingente y no necesaria, entonces Dios podría “no haber creado ni el mundo, ni una mosca”. Como en el caso de la mariposa de Bradbury, como en aquella célebre película en la que la

⁹ *Subtilitates* era uno de los términos preferidos por los autores de la Edad Media tardía y la Modernidad temprana para descalificar los aparentemente estériles razonamientos de los filósofos escolásticos.

intromisión de un insecto produce un efecto inesperado, tampoco la “máquina teológica” de Holcot está exenta de que el aleteo de una mosca tenga consecuencias imprevistas.

Bibliografía

- Courtenay, W. J. (1987). *Schools and Scholars in Fourteenth-Century England*. Princeton: Princeton University Press.
- Craig, W. L. (1988). *The Problem of Divine Foreknowledge and Future Contingents from Aristotle to Suarez*. Leiden: Brill.
- Dutilh-Novaes, C. (2007). *Formalizing Medieval Logical Theories. Suppositio, Consequentiae and Obligationes*. Dordrecht: Springer.
- Gaskin, R. (1995). *The Sea Battle and the Master Argument. Aristotle and Diodorus Cronus on the Metaphysics of the Future*. Berlín: De Gruyter.
- Gelber, H. G. (2004). *It Could Have Been Otherwise. Contingency and Necessity in Dominican Theology at Oxford, 1300-1350*. Leiden: Brill.
- Hamesse, J. (1974). *Les Auctoritates Aristotelis. Un florilège médiéval. Étude historique et édition critique*. Lovaina : Publications Universitaires.
- Holcot, R. (1995). “Utrum Deus ab aeterno sciverit se producturum mundum (*In IV libros Sententiarum quaestiones*, II, q. 2)”, en Streveler, P. y Tachau, K. (eds.), *Seeing the Future Clearly. Questions on Future Contingents by Robert Holcot*. Toronto: Pontifical Institute of Medieval Studies, pp. 112-195.
- Schabel, C. (2003). “Divine Foreknowledge and Human Freedom: Auriol, Pomponazzi, and Luther on ‘Scholastic Subtleties’”. En Friedman, R. & Nielsen, L. O. (eds.), *The Medieval Heritage in Early Modern Metaphysics and Modal Theory, 1400- 1700*. Dordrecht: Springer.
- Stump, E. (1989). *Dialectic and its Place in the Development of Medieval Logic*. Ithaca: Cornell University Press.

¹⁰ El origen de la discusión acerca de los futuros contingentes suele ubicarse en un pasaje del capítulo IX (18b23) del *De interpretatione* de Aristóteles. Acerca de la formulación aristotélica del argumento y su

- Weijers, O. (2015). *A Scholar's Paradise. Teaching and Debating in Medieval Paris*. Turnhout: Brepols.